



Carmen Bedia Costas y familia * Santander 
Joaquín Bedia Trueba y familia * Santander 

Con «LA NIÑA A QUIEN DIJO EL ÁNGEL»,
de LOPE DE VEGA,
seleccionado y comentado por ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO,
BEDIA ARTES GRÁFICAS, S. C.

desea a sus clientes y amigos
un año 2021 en el que se cumplan
todos los objetivos y sueños aplazados.

LOPE DE VEGA
(1562-1635)



LA NIÑA
A QUIEN DIJO EL ÁNGEL
(1612)

Edición y prólogo de ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO

SANTANDER
2020

LA NIÑA A QUIEN DIJO EL ÁNGEL

LA Niña a quien dijo el Ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trajo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre,
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre,
también se obliga a sus penas.

¿Qué tenéis, dulce Jesús?,
le dice la Niña bella;
¿tan presto sentís mis ojos
el dolor de mi pobreza?

Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos,
que os regalan y sustentan.

No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera,
vos sabéis que vuestros cielos
envidiaran mi riqueza.

El Niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su Eterno Padre inmensa;
mas revelándole al alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.

Ella entonces desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa.

Pues andáis en las palmas,
Ángeles santos,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto.

No le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

El Niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Rigurosos yelos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.

Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

RORÓ DE LA VIRGEN PARA QUE SE DUERMA EL NIÑO

MEDIO siglo de edad y muchas contrariedades carga a las espaldas Lope de Vega cuando, en octubre de 1611, escribe al duque de Sessa: «Sepa Vex. que estos días he escrito un libro que llamo *Pastores de Belén, prosas y versos divinos a la traza de La Arcadia*. Dicen mis amigos (lisonjas aparte) que es lo más acertado de mis ignorancias».

Es harto probable que el conjunto con «lo más acertado de sus ignorancias» lo culminara antes de la muerte del hijo, Carlos Félix, Carlitos. Y que tan irreparable pérdida le inspirara la dedicatoria que figura al frente de todas las ediciones, desde la *príncipe* (Madrid, 1612). Más una atormentada elegía presidida por la duda del creyente a quien le aterra pensar que el sacrificio del hijo sea el cruel tributo que impone al cristiano el Sumo para hallar la salvación: «¿Qué mayor consuelo / que lo que pierdo yo me gane el cielo?».

A tan desgarrada composición por la muerte del hijo sigue la que le inspira la muerte de la esposa, Juana de Guardo, acaecida tan sólo unos meses después, al dar a luz a Feliciana. Óbito que el huérfano de esposa lamenta, conmovido, ante el fruto del mortal sobrepardo: «Feliciana el dolor me muestra impreso / de su difunta madre en lengua y ojos: / de su parto murió. ¡Triste suceso!».

De por entonces es también la obra que lleva por título *Cuatro soliloquios de Lope de Vega Carpio; llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un crucifijo, pidiendo a Dios perdón de sus pecados, después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de penitencia del seráfico Francisco*. Es obra importantísima para cualquier pecador que quisiera apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva, Valladolid, por Francisco Abarca de Angulo, 1612.

Acomodando el pensamiento a la acción, en 1614 se ordena de menores en Madrid y de presbítero en Toledo. Ya hay pocas cosas que le queden por hacer en este mundo, salvo componer versos, escribir obras de teatro y llevar con resignación cristiana las invectivas de sus enemigos íntimos.

Sirva cuanto queda expuesto para situar a Lope de Vega en el tiempo de duda existencial que preside la composición y publicación del poema LA NIÑA A QUIEN DIJO EL ÁNGEL, que no falta en ninguna de sus antologías.

Ya por el título, es de profunda inspiración mariana. La Niña que invoca el primer verso por el que universalmente se conoce el poema es María. María virgen. María niña. La virgen María. Una adolescente, toda llena de gracia, a

quien el ángel de la Anunciación sorprendiera al confiarle la alta misión que le asigna el cielo: dar a luz por obra y gracia del Espíritu Santo.

Los seis primeros versos del poema centran la acción en el clásico ámbito de un pesebre. El hecho se ha consumado. La Anunciación ha dado paso al Nacimiento. El Niño de la Niña llora lágrimas tiernas. Lágrimas de Aquél que al obligarse a ser hombre también se obliga a sus penas.

Virgen y madre, la Niña. Y el Niño, Dios y hombre.

Madre e hijo comparten, en términos humanos, sentimientos humanos. Pobreza. Miseria. Escasez. Hambre. Frío. La madre sólo tiene brazos y pechos para dar al fruto de sus entrañas. Sabio en cuanto que Dios, el Niño podría hablar a la madre. Pero aún no es hora de expresar su sabiduría, la redentora misión que le ha traído al mundo. Como niño, el Niño llora. Como niño, el Niño tiembla. Como niño, el Niño siente frío. Como niño, el Niño se desvela. Como niño, el Niño no puede dormir si de las palmas los ángeles no tienen los ramos.

En este punto, la poesía culta se reviste con la estameña de lo popular. Dos versos actúan a guisa de contrapunto, estribillo o letanía: *que se duerme mi Niño, / tened los ramos.*

Las palmas. Los ramos. Los ramos de las palmas. Las palmas de los ramos. Ese sonido que con su grave abaniqueo asaetea la negrura de la noche, la infinita soledad de los espacios vacíos, tan propios de los lugares donde hay palmeras, palmerales. Y hornos de barro, pozos con cubos de cuero para extraer el agua de beber. Belén es uno de esos lugares. Un lugar al que nos ha acostumbrado la iconografía de los grandes artistas. Con un panorama de montes de cartón piedra y un cielo tan despejado de nubes cuan preñado de estrellas. Un cielo donde brilla una estrella con cauda de plata. Una estrella cuya cola señala a los Magos, ya en camino, el lugar donde ha nacido el Niño que tiembla de frío, el Niño que no logra conciliar el sueño. Ese niño para el que la madre sólo es brazos y pecho. *Que se duerme mi Niño, / tened los ramos*, pide a los ángeles santos la angustiada madre. La Niña, que es madre y Virgen, quiere que el Niño, que es niño y Dios, se reponga del cansancio de haber nacido. *Que se duerme mi Niño, / tened los ramos.*

El Niño que es niño llora por su descanso. El Niño que es niño llora porque tiene frío. La madre que es Madre siente el hielo de la noche llegar, acercarse al Niño que es niño, penetrarlo con su berbiquí. El Niño que es niño siente frío y no se duerme porque las palmas silban como aceros en el pesebre. Al que aún no han llegado los pastores con sus instrumentos musicales y sus alabanzas. La Niña a quien dijo el ángel que estaba de gracia llena dice a los revoloteantes ángeles: *que se duerme mi Niño, / tened los ramos.*

ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO
Santander, doce de diciembre de 2020

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO (Madrid, 25.11.1562-27.08.1635). De humilde familia hidalga, su origen montañés no se discute. Hijo de Félix (o Felices) de Vega Carpio, y de Francisca Fernández Flores; el padre, bordador de profesión, se traslada a Valladolid en 1561, atraído por el señuelo de la capitalidad del reino allí establecida. Una aventura amorosa paterna, de la que le rescató su celosa y celada mujer, determinó que el hijo naciera en Madrid. Todo lo cual él mismo cuenta en la *Epístola a Amarilis*, v. 70: «Tiene su silla en la bordada alfombra / de Castilla el valor de la Montaña / que el valle de Carriedo España nombra»; v. 80-85: «Falta dinero allí, la tierra es corta; / vino mi padre del solar de Vega: / así a los pobres la nobleza exhorta. // Siguióle hasta Madrid, de celos ciega, / su amorosa mujer, porque él quería / una española Elena, entonces griega. // Hicieron amistades, y aquel día / fue piedra en mi primer fundamento / la paz de su celosa fantasía. // En fin, por celos soy, ¡qué nacimiento! / Imaginar de vos, que haber nacido / de tan inquieta causa fue un portento». ¡Y tanto! Como que de tales lances amorosos vino al mundo aquél a quien Cervantes (que no daba puntada sin hilo) nombró *Fénix de los ingenios* y *Monstruo de Naturaleza*. En breve: uno de los poetas y dramaturgos más sobresalientes del Siglo de Oro español y, por la extensión e intensidad de su obra, uno de los autores más prolíficos de la literatura universal.

PASTORES DE BELÉN. PROSAS Y VERSOS DIVINOS DE LOPE DE VEGA CARPIO. Dirigidos a Carlos Félix, su hijo. Año 1612. En Lérida, a costa de Miguel Manescal, mercader de libros. Donde figura el poema conocido por su primer verso LA NIÑA A QUIEN DIJO EL ÁNGEL, que transcribo en español actualizado.

© Ilustración: Sara Huete.

© De la introducción: ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO

© De esta edición, no venal: ANTONIO MARTÍNEZ CEREZO
BEDIA ARTES GRÁFICAS, S. C.

Santander, diciembre 2020.

Impreso en digital por BEDIA ARTES GRÁFICAS, S. C. San Martín del Pino, 7. 39011 Santander

Depósito Legal: SA-752-2020



BEDIA
Artes Gráficas

S. Martín del Pino, 7
39011 SANTANDER
bedia@ceocant.es
Teléf. 942 35 45 73
Móvil 615 97 50 05

FIN